



ciones nuevas con que se les había abrumado; que se administrara la justicia con menos rigor y más imparcialidad; en fin, que se pusiera un freno á las usurpaciones de los nobles sobre los prados y sobre las feligresías del campo.

Muchas de estas peticiones eran muy razonables, y una muchedumbre formidable de labradores armados para apoyarlas, parecía asegurar su logro; pero estas masas indisciplinadas y dispersas en muchos parajes, no podían proceder en sus operaciones ni con regla, ni con union, ni con orden, ni con vigor. Tenían por caudillos á hombres de la hez del pueblo que ignoraban el arte de la guerra y los medios que podrían conducirlos á su fin; todas sus hazañas fueron actos de furor brutal y sin plan. Los príncipes y nobles de la Suabia y del Bajo Rhin juntaron sus vasallos y marcharon contra estos insurgentes que infestaban las provincias; atacaron á unos en llanura, sorprendieron á otros en emboscadas y derrotaron ó dispersaron á todos. Los labradores, después de haber asolado inútilmente toda la campiña y perdido en diferentes funciones más de 20.000 de los suyos, se vieron forzados á regresar á sus habitaciones con menos esperanza que nunca de ser aliviados en sus miserias.

Estas insurrecciones habían comenzado por las provincias de Alemania, en donde las opiniones de Lutero habían progresado menos; y como tenían por principio más que intereses políticos, no tocaban de ninguna manera á los puntos de religión que se litigaban entonces. Mas luego que este furor epidémico cundió en las comarcas en que la doctrina de la reforma se había establecido, tomó nueva fuerza de las circunstancias y de la disposición general de los corazones y se precipitó en los mayores excesos. La reforma alentaba en los países en donde era recibida el espíritu de audacia y de innovación que le había dado ser.

Unos hombres que habían osado trastornar un sistema apoyado en todo lo que puede mandar el respeto, no se dejaban ya imponer por ninguna autoridad, por venerable, por sagrada que fuera. Acostumbrados á reputarse como jueces legales de los dogmas más importantes

de la religión, á examinarlos libremente, y á desechar sin escrúpulo todo lo que conceptuaban erróneo, debieron naturalmente volver este principio de atrevimiento y de investigación hácia los objetos de gobierno, y creerse con derecho á rectificar los desórdenes é imperfecciones que descubrieran en él: habían reformado ya en muchos parajes los abusos de la religión sin llamar á la autoridad del magistrado; este primer paso los conducía á emprender con igual libertad la reforma de los abusos políticos.

Por tanto, desde que el levantamiento reventó en la Turingia, provincia sometida al elector de Sajonia, y cuyos moradores habían casi todos abrazado el luteranismo, cobró una fuerza nueva y mucho más terrible. Tomás Muncer, discípulo de Lutero, se había domiciliado allí, y adquirido en el espíritu del pueblo un crédito prodigioso. Había sembrado en las almas las opiniones más quiméricas y fanáticas, pero cuyo efecto natural era alentar á los pueblos á la sedición. «Lutero, les decía, »ha causado mayor mal que bien á la religión: »es verdad que ha libertado á la Iglesia del »yugo de los papas; mas su doctrina favorece á »la corrupción de las costumbres, y su vida »licenciosa da un ejemplo de ella. Para evitar »el vicio, añadía él, los hombres deben practicar mortificaciones continuas. Es menester »guardar un aire grave, hablar poco, vestir sencillamente, ser austero y sério en todo su porte. Los que preparan así sus corazones tienen »derecho á esperar que el supremo Sér guiará »todos sus pasos, y les manifestará su voluntad por algún signo visible; y si el Todopoderoso les privara después de esta iluminación, podrían quejarse de que los trata tan »duramente, y acordarle sus promesas. Estas »quejas y esta santa cólera no pueden menos »de agrandar soberanamente á Dios, y determinarle al cabo á conducirnos con aquella mano siempre segura que condujo á los patriarcas de las primeras edades. Guardémonos, »sin embargo, de ofenderle con nuestra arrogancia: todos los hombres son iguales ante »sus ojos; que vuelvan á aquella igualdad en »que les hizo nacer; que pongan todos los bienes en comun, y que vivan juntos como her-



»manos, sin ninguna señal de subordinación ni de preeminencia.»

Estas ideas por extravagantes que fueran, lisonjaban mucho las pasiones del corazón humano, para no profundizar en él. Era poco para estas imaginaciones acaloradas procurar reprimir el poder de los nobles: esto no era á sus ojos más que una reforma parcial y de poca monta, que ni aún merecía ocuparse en ella. Se proponían nada menos que abolir toda distinción en la sociedad, extinguir toda propiedad, volver á todos los hombres á aquel estado de igualdad originaria, en que la subsistencia de cada individuo se sacaría de un fondo comun. Muncer les aseguraba que este designio era aprobado por el cielo, y que el Todopoderoso le había afianzado su éxito en un sueño. Los campesinos no pensaron más que en plantificarlo; y no sólo se portaron con el furor que animaba á los de su clase, que habían levantado el estandarte de la rebelión en otras partes de la Alemania, sino que compelidos por el celo que inspira el fanatismo, depusieron á los magistrados de todas las ciudades de que pudieron apoderarse; embargaron las tierras de los nobles; obligaron á todos los que cayeron en sus manos á tomar el traje de labrador, á renunciar á todos sus títulos, y á contentarse con nombres sencillos que se daban á los del pueblo.

Tropas numerosas de gentes del campo acorrian de todas partes á alistarse en esta quimérica empresa; mas Muncer, su caudillo y profeta, carecía de las cualidades necesarias para mandarlos. Tenía toda la extravagancia de un fanático, pero no su valor. Costó mucho recabar de él que saliera á campaña, y no obstante tener á sus órdenes ocho mil hombres, se dejó rodear por un cuerpo de caballería capitaneado por el elector de Sajonia, el landgrave de Hesse y el duque de Brunswik. Estos príncipes, que no podían resolverse á derramar la sangre de sus súbditos embaucados por un insensato, enviaron al campo de los insurgentes á un caballero joven, ofreciéndoles un perdón general si querían en el mismo hecho rendir las armas y entregarlas á los autores de la sedición. Asustado Muncer de esta proposición,

se puso á arengarlos con su vehemencia acostumbrada, á exhortarlos á desconfiar de las promesas péfidas de sus opresores y á no vender la causa de Dios y de la libertad cristiana.

Mas el conocimiento del riesgo presente hizo en el ánimo de estos labradores una impresión más viva que la elocuencia del orador. El terror y la incertidumbre se pintaban ya en todos los semblantes, cuando se vió brillar en las nubes un arco iris, símbolo que los rebeldes habían pintado en sus banderas; Muncer, con una presencia de espíritu admirable, supo sacar partido de este incidente, y levantando inmediatamente los ojos y manos al cielo: «Ved, »exclamó en voz alta; ved la señal que Dios »nos envía; ved la prueba de vuestra seguridad »y de la destrucción de los malvados.» Sin demora esta muchedumbre fanática prorumpió en descompasados alaridos de júbilo, como si la victoria hubiera sido cierta; pasando en un momento de un extremo á otro, asesina al infeliz caballero que había venido á ofrecerles su perdón, y pide marchar contra el enemigo.

Indignados los príncipes por este atentado contra las leyes de la guerra, ganaron de la mano á los rebeldes y principiaron el ataque. Los labradores no manifestaron en este combate el vigor que se hubiera podido aguardar de su ferocidad y presunción. Este populacho indisciplinado no se hallaba capaz de apostárselas con tropas aguerridas; más de cinco mil de ellos quedaron mordiendo la tierra en el campo de batalla, sin haber casi opuesto resistencia; los demás se dispersaron, y su general Muncer huía delante de ellos. Fué preso al día siguiente, y habiéndosele condenado á los suplicios que merecían sus crímenes, sufrió su hado con vergonzosa cobardía. Su muerte terminó estas insurrecciones de gentes del campo, que habían aterrado á toda Alemania; mas las ideas fanáticas que había esparcido no estaban apagadas; produjeron algún tiempo después efectos más extravagantes todavía y más memorables.

Durante todas estas sediciones, Lutero se portó con una prudencia y moderación ejemplares; como padre juicioso, amante de la prosperidad de su familia dividida, se ocupó en ha-



cer el bien de entrambos partidos, sin excusar las faltas y errores de uno y otro. Mientras que dirigia á los nobles una representacion en que les suplicaba tratar á sus súbditos con más dulzura y humanidad, censuraba severamente el genio sedicioso de los campesinos, y les exhortaba á no quejarse de las molestias inseparables de su condicion, ó á no buscar remedios á sus padecimientos sino por los caminos que les ofrecian las leyes.

En este año se celebró el matrimonio tan famoso de Lutero con Catalina Boria, religiosa de familia noble, que habia dejado el velo y evadidose de su monasterio. Faltó mucho para que este casamiento obtuviera una aprobacion general; los enemigos de Lutero hablaban de él como de un incesto y de una profanacion, y sus más celosos partidarios lo miraban como una accion indecente en un tiempo en que su patria se hallaba afligida con tantas calamidades. Lutero conoció la impresion desventajosa que este incidente habia hecho en los ánimos; mas satisfecho de su propio testimonio, soportó con su pecho ordinario la censura de sus amigos y las inectivas de sus enemigos.

La reforma perdió tambien en este mismo año á su primer protector, Federico, elector de Sajonia; Juan, su hermano y sucesor, hizo su pérdida ménos sensible; no tenía los mismos talentos para patrocinar eficazmente á Lutero y á su doctrina, pero se declaró mayor á cara descubierta por la causa y mostró todavía más celo en su defensa.

Casi hácia el mismo tiempo sobrevino en el Estado de Alemania una mudanza considerable, cuyas causas merecen investigarse, subiéndose á su origen. Miéntras la manía de las cruzadas revolvía á toda la Europa en los siglos XII y XIII, se fundaron muchos órdenes religiosos de caballería para defender á la fe cristiana contra los paganos é infieles. Uno de los más ilustres fué el orden Teutónico, establecido en Alemania. Los caballeros de este orden se habian distinguido singularmente en todas las expediciones para conquistar la tierra Santa. Arrojadados al cabo de los establecimientos que tenían en Oriente, se vieron en precision de regresar á su patria. Su valor y

celo abundaban demasiado de impetuosidad, para permanecer largo tiempo en la inaccion. Invadieron con pretextos bastante frívolos la provincia de Prusia, cuyos habitantes eran todavía idólatras, y despues de haberla conquistado del todo hácia mediados del siglo XIII, la poseyeron por muchos años, como un feudo dependiente de la corona de Polonia. En este intervalo se originaron muy vivas contestaciones entre los grandes maestros del orden y los reyes de Polonia; los primeros aspiraban á la independencía: los segundos defendian vigorosamente su derecho de soberanía. Alberto, príncipe de la casa de Brandebourg, que habia sido elegido gran maestro en 1511, se metió con mucho calor en esta contienda y sostuvo una larga guerra contra Sigismundo, rey de Polonia; mas habiendo abrazado desde temprano las opiniones de Lutero, se amortiguó por grados su celo por los intereses de su humanidad; se aprovechó de las turbaciones que dividian al imperio y de la ausencia del emperador, para concluir un tratado con Sigismundo, en el que no pensó sino en sus intereses personales.

Por este tratado, la parte de la Prusia perteneciente al orden Teutónico se erigió en ducado secular y hereditario; se dió la investidura á Alberto, quien se obligaba en cambio á hacer pleito homenaje á los reyes de Polonia, como su vasallo. Inmediatamente despues de este arreglo hizo pública profesion de la religion reformada, y se desposó con una princesa de Dinamarca. Los caballeros del orden se quejaron tan fuertemente de la traicion de su gran maestro, que fué condenado á destierro; mas no por eso conservó ménos la posesion de la provincia que habia usurpado, y que transmitió á su posteridad. Con el tiempo, esta rica herencia pasó á la línea electoral de la familia, que no reconoció ya ninguna dependencia de la corona de Polonia; y los margraves de Brandebourg, habiendo tomado el título de reyes de Prusia, no sólo se han ensalzado á la jerarquía de los primeros príncipes de Alemania, si tambien han llegado á colocarse entre los mayores monarcas de Europa.

Desde que el rey de Francia volvió á sus



Estados, todas las potencias europeas clavaron los ojos en él y observaron sus primeros movimientos para juzgar de la conducta que tendria con el tiempo. Francisco no las dejó mucho tiempo en la incertidumbre. No bien llegó á Bayona, cuando se apresuró á escribir al rey de Inglaterra dándole gracias por los cuidados llenos de celo y de afecto, que habia tomado á su favor, y á los cuales se reconocia deudor de su libertad. Al dia siguiente, los embajadores del emperador pidieron audiencia y le requirieron que expidiera las órdenes necesarias para hacer ejecutar plenamente y sin dilacion el tratado de Madrid. Francisco les respondió con frialdad que estaba pronto á cumplir escrupulosamente todas sus promesas; pero que el tratado incluía tantos artículos que no le tocaban á él solo, y que interesaban á la monarquía francesa; que no podia tomar ninguna resolucion sin haber consultado á los Estados de su reino; añadió que se necesitaria algun tiempo para hacer aprobar de sus pueblos las condiciones rigorosas que habia consentido en ratificar. Esta respuesta no dejó ya dudar que Francisco habia tomado la resolucion de eludir el tratado, y los testimonios de reconocimiento que habia prodigado á Enrique, parecieron no tener otro objeto que empeñar á este monarca á socorrerle en la guerra en que la inejecucion del tratado de Madrid iba inevitablemente á enredarlo con el emperador. Estas circunstancias, añadidas á las declaraciones expresas que Francisco hizo en secreto á los embajadores de muchos príncipes de Italia, persuadieron á los políticos que no se habian engañado en sus conjeturas sobre la conducta que iba á tener. Se vió claramente que lejos de estar dispuesto á ejecutar un tratado irrazonable, sólo esperaba una coyuntura favorable para vengarse de las afrentas que le habian forzado á aprobar, al parecer, semejante convencion.

Clemente mismo salió por esta vez de su resolucion ordinaria: la impaciencia que Francisco mostraba de romper todos los empeños que habia contraído con el emperador, habia disipado todas las dudas de este pontífice y no le dejaba ni temores ni escrúpulos. Es verdad que la situacion de la Italia entónces no le per-

mitia deliberar largo tiempo. Sforzia seguia siempre sitiado por los imperiales en el castillo de Milan. Este indolente príncipe, careciendo entónces de los consejos de Moron, destituido de todo medio de defensa, habia llegado á informar al papa y á los venecianos, que si no se apresuraban á socorrerle, se veria bien pronto forzado á rendirse. Las tropas imperiales, que no habian recibido estipendio despues de la batalla de Pavía, vivian á discrecion en el Milanés; recaudaban contribuciones exorbitantes que subian, si se ha de dar fe al cálculo de Guicciardini, hasta 5.000 ducados por dia. No se podia dudar que al instante de la rendicion de este castillo, los soldados abandonarían un país asolado, que no podia ya bastar á su manutencion, para ir á establecerse á las tierras fértiles del papa y de los venecianos, que no habian estado expuestas á los destrozos de la guerra. Así, pues, el socorro del rey de Francia era el único que podia salvar á Sforzia en estado de defender el Milanés contra los insultos de las tropas del emperador.

Instados por estos motivos, el papa, los venecianos y el duque de Milan, tenían todos igual impaciencia por tratar con Francisco, quien de su parte deseaba no ménos vivamente aprovecharse de las fuerzas y crédito que esta liga añadiría á su poder. Se concluyó el tratado en Cognac el 21 de Mayo, y quedó secreto por algun tiempo. Los principales artículos eran obligar al emperador á poner en libertad á los hijos del rey de Francia, pagando un precio razonable por su rescate, y restablecer á Sforzia en la posesion tranquila del ducado de Milan. Si Carlos rehusaba estos dos artículos, los aliados ofrecian aprontar un ejército de 35.000 hombres, que despues de haber expelido á los españoles del Milanés, iría á acometer el reino de Nápoles. El inglés fué nombrado protector de esta liga, que se calificó con el título de santa porque el papa era su jefe, y á fin de determinar á Enrique por motivos más eficaces, se obligaron á darle en el reino de Nápoles un principado de 30.000 ducados de renta anual, y á Wolsey, su valido, tierras del producto de 10.000.

Desde que se firmó esta liga, Clemente, en



virtud de la plenitud de su autoridad papal, exoneró á Francisco del juramento que habia hecho de cumplir el tratado de Madrid.

Este pretendido derecho, tan contrario á todos los principios de moral como á aquella buena fe que forma la base de todo convenio entre los hombres, era una consecuencia natural del poder que los papas se abrogaban á título de vicarios infalibles de Jesucristo sobre la tierra: el hábito de verlos usar de este poder para dispensar obligaciones que se miraban como sagradas, el interés de aquellos á quienes estas dispensas favorecian, la credulidad de los demas, todo sirvió á hacer pensar que las decisiones del soberano pontífice podian autorizar ó justificar acciones que eran injustas ó criminales en sí mismas.

Sin embargo, cuando el emperador no pudo ya dudar de que el proyecto de Francisco era eludir el tratado de Madrid, concibió vivas inquietudes y pareció agitado de mil pensamientos diversos. No podia disimularse el rigor con que habia tratado á este monarca en su cautiverio, y la tacha que esta conducta le habia acarreado; además, habia mostrado en todas sus negociaciones con su prisionero una ambicion insaciable y no ignoraba los sustos que todas las córtes de Europa habian concebido por ella, ni aun habia sacado de sus acciones ninguna de las ventajas que pueden disculpar á los ojos de los políticos la conducta más criminal, é indemnizar de las censuras más severas. Veia entónces á Francisco fuera de sus manos, y todo el fruto que habia esperado recoger del tratado que habia puesto en libertad á este príncipe, se le escapaba para siempre. No tardó en conocer toda la imprudencia que habia cometido en confiar en la palabra del rey de Francia, á pesar del dictámen de sus más prudentes ministros; y previó con facilidad que la misma liga que él habia querido evitar restituyendo la libertad á Francisco, iba á formarse contra él bajo de la direccion de un monarca valiente é irritado. El arrepentimiento y la vergüenza de lo pasado, y la más viva inquietud por lo venidero, fueron el resultado necesario de sus reflexiones acerca de su proceder y de su situacion presente. Carlos era de

carácter firme, é inflexible en todo lo que habia emprendido; retractándose de un solo artículo del convenio de Madrid, habria creído confesar su imprudencia y descubrir sus recelos: abrazó, pues, el partido más conveniente á su dignidad, y á riesgo de todo lo que pudiera sobrevenir, resolvió perseverar constantemente en la ejecucion estricta del tratado, y especialmente de no aceptar nada de cuanto se pudiera proponerle en equivalente por la restitucion de la Borgoña.

En consecuencia de esta resolucion, nombró á Lannoy y á Alarcon para ir en calidad de embajadores á la córte de Francia á intimar á Francisco, segun las formalidades, ó ejecutar el ajuste con la buena fe que convenia á un rey, ó volver á Madrid, conforme á su palabra, á su cautiverio. En vez de darles una respuesta directa y positiva, Francisco admitió á audiencia delante de ellos á los diputados de los estados de Borgoña. Estos le representaron en términos sumisos que habia excedido los poderes de un rey de Francia consintiendo en que su provincia se enajenara de la corona, cuyos dominios habia prometido por el juramento de su consagracion conservar en toda su integridad. Francisco les dió las gracias por su adhesion á los derechos del trono, y les exhortó despues, aunque muy débilmente, á atender á los empeños que habia contraído con el emperador, y la obligacion en que estaba de cumplirlos.

Los diputados, tomando entónces un tono más firme, declararon que no obedecian á órdenes contrarias á las leyes del reino; y que si su monarca queria entregarlos á los enemigos de la Francia, estaban resueltos á defenderse por sí mismos con todas sus fuerzas y á perecer antes que someterse á una dominacion extranjera. A esta respuesta, Francisco, volviéndose hácia los embajadores del emperador, les manifestó la imposibilidad en que se encontraba de satisfacer á su contrato, y les ofreció en vez de la Borgoña pagar al emperador dos millones de escudos. Alarcon y el virey, conociendo bien que la escena que acababan de presenciar era un juego concertado entre el rey y sus vasallos para engañarlos, le declara-



ron que su amo estaba muy decidido á no ceder en nada de las condiciones del tratado, y se retiraron. Antes de salir del reino, tuvieron la mortificacion de oír publicar con la mayor solemnidad la liga santa que acababa de formarse contra el emperador.

Con la noticia de esta liga, Carlos no contempló más nada, y declamó públicamente contra Francisco, tratándole de príncipe sin fe y sin honor. No ménos se quejó de Clemente, á quien solicitó en vano para que abandonara á sus nuevos aliados; le acusó de ingratitud y le tachó de una ambicion indigna de su carácter.

No se contentó con amenazarle con toda la venganza que se podia temer de las iras de un emperador; publicando una apelacion á un concilio general, despertó en la imaginacion del papa todo el terror que inspira á los pontífices de Roma la autoridad de estas asambleas formidables. Se necesitaba, sin embargo, oponer alguna cosa más que amenazas y objeciones á la liga poderosa que se habia formado contra él. Animado por tantas pasiones diversas, desplegó una actividad y vigor extraordinarios, á fin de enviar á Italia nuevas tropas, y especialmente prontos socorros de plata, más necesarios todavía. Los esfuerzos de los confederados no correspondieron á la animosidad que habian mostrado contra el emperador al entrar en la liga santa. Se imaginaba que Francisco iba á obrar con la mayor energía y comunicar el mismo espíritu y actividad á todos sus aliados. Tenia que reparar su honor manchado y más de una afrenta que vengar; necesitaba recobrar entre los príncipes de Europa el puesto que habia perdido. Tantos motivos de enojo, fortalecidos por su impetuosidad genial, parecian amenazar á su rival con una guerra más cruel y sangrienta que todas las precedentes: se engañaron. Las recias experiencias por que Francisco habia pasado, habian dejado en su alma impresiones tan profundas y vivas, que desconfiaba de sí mismo y de la fortuna, y no aspiraba sino al descanso. Obtener la soltura de sus hijos y conservar la Borgoña pagando un equivalente razonable, era el principal objeto de sus ansias, y á este precio habria sacrifica-

do de buena gana al emperador ya Sforzia, ya la libertad de Italia.

Se lisonjeaba de que el sólo miedo de una liga fuerte compeleria á Carlos á escuchar proposiciones equitativas; temia tambien que enviando un ejército bastante respetable para salvar al Milanés, sus aliados, á quienes habia visto tantas veces mucho más cuidadosos de sus intereses que exactos en cumplir sus empeños, le abandonáran al instante que las tropas del emperador fueran arrojadas de este país; desercion que privaria á sus negociaciones con el emperador de la importancia y peso que las daba su influjo como jefe de una confederacion poderosa. En este interin se adelantaba el sitio del castillo de Milan más vivamente que nunca, y Sforzia se encontraba reducido á la última extremidad. El papa y los venecianos, contando con que Francisco los auxiliaria, hicieron marchar sus tropas al socorro de Sforzia, y juntaron bien pronto un ejército más que suficiente para alcanzar este intento. Los milaneses, adictos con pasion á su príncipe desventurado, é indignados contra los imperiales, que los habian oprimido con tanta crueldad, estaban prontos á ayudar á los confederados en todas sus empresas. Mas el duque de Urbino, su general, animado por una antigua enemistad con la familia de los Médicis, habria temido dar ningun paso que pudiera contribuir al engrandecimiento ó á la gloria del papa, y dejó escapar, ó á proposito, ó por su lentitud é irresolucion natural de su índole, las coyunturas de atacar ventajosamente á los imperiales y de forzarlos á levantar el sitio.

Estas dilaciones dieron á Borbon tiempo de traer un refuerzo de tropas descansadas y de proporcionarse dinero. Tomó inmediatamente el mando del ejército, y llevó el sitio adelante con tanto vigor, que Sforzia se vió forzado de luego á luego á entregarse. Este príncipe, retirándose á Lodi, que los confederados habian sorprendido, dejó á Borbon pacífico poseedor de este ducado, cuya investidura le habia sido prometida por el emperador.

Los italianos comenzaron á echar de ver que Francisco los habia entretenido, y que á pesar de la sutileza y habilidad en el arte de